

LA PUERTA DEL REINO

Memoria, territorio e iglesias en el valle del Lena y el puerto de Pajares



Nuestra andadura comenzó a las 10 de la mañana con la llegada al aparcamiento de Sta Cristina del bus procedente de Gijón y Oviedo.

Allí nos esperaba nuestro conductor de la jornada, Iván Muñiz. Los 55 participantes nos pusimos en marcha para alcanzar la ermita, alcanzada tras un corto y placentero paseo.

Con la presencia imponente de esta preciosa iglesia, Iván nos situó en el entorno geográfico-histórico no solo de este monumento, sino de las circunstancias que convirtieron este valle en una referencia muy importante.

Desde esta perspectiva puede entenderse el itinerario que realizamos por el valle del Lena y el puerto de Pajares. No se trató solamente de visitar tres iglesias (la visita a San Antolín de Sotiello tuvo que ser anulada por razones operativas). Se trató de recorrer un territorio que constituye, en sí mismo, un gran monumento histórico: un espacio donde caminos, ríos, aldeas, montañas, iglesias, monasterios y antiguas propiedades forman un paisaje construido durante siglos.



El valle del Lena fue una de las grandes vías naturales de comunicación entre la Meseta y Asturias. El río Lena, el Güerna y el Pajares articulan un territorio que durante la Edad Media funcionó como auténtica puerta de entrada y salida del reino asturiano y,

posteriormente, del reino de León. Por estos pasos circularon reyes, aristócratas, clérigos, campesinos, comerciantes, peregrinos, ejércitos y artistas.

La importancia del territorio no desapareció con el paso de los siglos. Cada época dejó sus propias huellas sobre las anteriores. A la arquitectura prerrománica sucedió el románico; las antiguas instituciones monásticas fueron sustituidas o transformadas; los caminos medievales acabaron convertidos en carreteras y ferrocarriles; y las necesidades contemporáneas llegaron incluso a modificar edificios históricos.

Por eso las tres estaciones de esta jornada pueden entenderse como cuatro formas diferentes de aproximarse a la memoria: **Felgueras** como la memoria del poder regio, del territorio y de las comunidades campesinas y monásticas, **Pajares-Arbas** como la memoria del viaje, la peregrinación y la montaña como frontera y **Ujo como la memoria** estratificada de un edificio que ha sobrevivido incluso a la destrucción de su propia arquitectura original.



Desde esa perspectiva, [Santa Cristina de Lena](#) fue la primera estación. Situada sobre una colina que domina el valle del río Lena, su emplazamiento es fundamental para comprender el sentido de la jornada: la iglesia no se encuentra simplemente «junto» a un pueblo, sino

que ocupa una posición privilegiada sobre un territorio que históricamente fue una importante vía de comunicación.

Santa Cristina pertenece al denominado **prerrománico asturiano**, y se relaciona estilísticamente con la arquitectura promovida durante los reinados de **Ramiro I (842-850)** y **Ordoño I (850-866)**. La cronología exacta no está documentada mediante una inscripción fundacional, pero sus características arquitectónicas permiten situarla en la segunda mitad del siglo IX. Está además estrechamente relacionada con el grupo de edificios del Naranco.



La UNESCO incorporó Santa Cristina de Lena al conjunto de **Monumentos de Oviedo y del Reino de Asturias**, Patrimonio Mundial, en 1985.

Santa Cristina posee una estructura muy singular dentro de la arquitectura asturiana. Frente a las iglesias basilicales de varias naves, presenta una nave única de planta cruciforme, a la que se adosan cuatro espacios rectangulares: uno hacia el este, correspondiente a la cabecera, otro hacia el oeste y otros dos lateralmente.

Todos estos espacios están cubiertos mediante bóvedas de cañón reforzadas por arcos fajones. Exterioirmente, los numerosos contrafuertes revelan la necesidad de contrarrestar los empujes de las bóvedas. La combinación de una construcción relativamente pequeña con una arquitectura monumental produce una impresión de solidez extraordinaria.



El interior es especialmente importante. La organización espacial conduce la mirada hacia la cabecera y, sobre todo, hacia el sistema de separación entre el espacio reservado al culto y el espacio destinado a los fieles. Los elementos pétreos que forman este sistema —arcos, columnas, capiteles y placas decoradas— constituyen uno de los aspectos más

interesantes del edificio.

La decoración escultórica no debe contemplarse como un simple repertorio ornamental. En el arte altomedieval, la geometría, los motivos vegetales y las composiciones simbólicas formaban parte de un lenguaje visual destinado a expresar orden, autoridad y sacralidad.



Pero quizá el aspecto más importante para esta jornada sea comprender que Santa Cristina no puede estudiarse aislada.

La investigación reciente ha insistido precisamente en la necesidad de interpretar el templo junto con su territorio. La monografía de Iván Muñiz *El misterio de Santa Cristina de Lena* plantea una lectura integral que incorpora la arqueología, la documentación, la toponimia, el parcelario y el paisaje agrario, además de la arquitectura del templo. El objetivo es reconstruir no solamente el edificio, sino las comunidades humanas que vivieron alrededor de él.

Es una perspectiva particularmente apropiada para esta jornada: detrás de una iglesia prerrománica no están solamente un rey y unos arquitectos. Están también los trabajadores que levantaron sus muros, quienes proporcionaron los alimentos y las rentas necesarias para mantener la institución, los campesinos que cultivaron el territorio y los religiosos que posteriormente administraron sus propiedades.

El monumento se convierte así en un documento social.

La parroquia de Felgueras conserva además otros testimonios que permiten ampliar la mirada más allá de Santa Cristina. El propio territorio presenta topónimos, caserías, construcciones tradicionales y antiguas propiedades que ayudan a reconstruir la evolución del poblamiento.



En **Palacio**, dentro de la parroquia, la tradición histórica relaciona determinadas construcciones con antiguos establecimientos señoriales y monásticos. La documentación y la investigación arqueológica permiten abordar estos testimonios con prudencia, distinguiendo las tradiciones locales de aquello que puede ser

demostrado documentalmente, por cierto que es el lugar donde posteriormente comeremos.

Precisamente ahí reside uno de los grandes valores de la jornada: el paisaje rural actual puede conservar la huella de estructuras sociales desaparecidas.



La iglesia es solamente la parte más visible de una historia mucho mayor.

El edificio que contemplamos tampoco es exactamente el que contemplaron los hombres del siglo IX.

Santa Cristina sufrió diferentes intervenciones. Entre las más importantes se encuentran la restauración de 1893, la reconstrucción posterior a los daños sufridos durante la Revolución de Octubre de 1934 y las actuaciones realizadas en época contemporánea.

Esto introduce una cuestión fundamental para la visita: también la restauración forma parte de la historia del monumento.

Cuando contemplamos Santa Cristina estamos viendo simultáneamente varias épocas: la arquitectura del siglo IX, las transformaciones medievales y modernas, los daños y restauraciones contemporáneas y nuestra propia manera actual de interpretar y conservar el patrimonio.



Enterrar a determinados miembros de una comunidad dentro o junto a una iglesia significaba establecer una relación permanente entre los vivos y los muertos. La arquitectura se convertía nuevamente en *monumentum*: un mecanismo para recordar.

Después de las detalladas, extensas y profundas explicaciones de Iván nos dirigimos directamente al puerto Pajares, ya con el tiempo muy ajustado que nos impidió acercarnos a Sotiello. Una pena y queda pendiente para otra ocasión,



El segundo espacio, **Pajares-Arbas**, introduce un cambio radical de paisaje. De forma paulatina, al ir alcanzado la cima, fuimos viendo las cumbres del macizo de las Ubiñas, las Tres Marías (relacionadas con las estrellas del cinturón de Orión), sierras de altas montañas a las que da paso el profundo valle por donde los peregrinos del Camino del Salvador van transitando, admirados de la belleza natural que les rodea.

En la cima de la carretera nos encontramos con el puerto de Pajares, que no es simplemente un accidente geográfico pues durante siglos fue una frontera natural, un camino y un obstáculo.



Subir a Pajares significa comprender físicamente la dificultad que tuvieron que afrontar quienes atravesaron este territorio antes de la construcción de las modernas carreteras y del ferrocarril.

El concepto de peregrino puede ampliarse más allá de la imagen contemporánea del caminante jacobeo.

El peregrino medieval era, ante todo, alguien que viajaba hacia un lugar sagrado. El trayecto podía ser largo, difícil y peligroso. En este contexto, los pasos de montaña necesitaban lugares de refugio, hospitales y establecimientos religiosos.

Y aquí aparece la importancia excepcional de la [Colegiata de Santa María de Arbas](#) que encuentra en Arbas del Puerto, en la vertiente leonesa del puerto de Pajares, a escasa distancia de la divisoria entre León y Asturias.

Su historia está estrechamente relacionada con la atención a los viajeros. Según la documentación conservada en PARES, la institución fue creada mediante la intervención del conde Fruela Díaz y su esposa Estefanía hacia 1116 con la finalidad de establecer un hospital o albergue destinado a proporcionar refugio y descanso a los viajeros que atravesaban la montaña en dirección a Oviedo.

La elección del lugar no fue casual. Quien atravesaba Pajares se enfrentaba a una zona montañosa difícil, especialmente peligrosa en invierno. Un hospital situado allí cumplía una función religiosa, asistencial y estratégica.

La colegiata estaba vinculada a los **canónigos regulares de San Agustín**, y recibió importantes apoyos de la monarquía leonesa. La institución tuvo además una larga historia de relaciones con los poderes eclesiásticos de ambos lados de la Cordillera.

El templo actual constituye uno de los ejemplos más importantes del tardorrománico leonés.





El edificio presenta tres naves y una cabecera de tradición románica. Los arcos de medio punto descansan sobre pilares que articulan el espacio interior. El material empleado es una arenisca grisácea que proporciona al edificio una tonalidad particularmente integrada en el paisaje de montaña.

La construcción actual incorpora además elementos pertenecientes a diferentes momentos históricos. La sacristía, la torre, el pórtico y determinados elementos de las cubiertas corresponden a reformas posteriores, especialmente de época moderna.

Esta superposición de épocas vuelve a enlazar con el concepto de monumento como memoria.

No estamos ante una pieza congelada en el tiempo, sino ante un edificio que ha sido modificado porque sus usuarios cambiaron, porque cambiaron las necesidades litúrgicas y porque cambió la propia institución.



La importancia de Arbas para la peregrinación hacia Oviedo está especialmente bien documentada.

La actual ruta del Camino de Santiago reconoce la Colegiata como un hito estrechamente relacionado con la peregrinación a San Salvador de Oviedo y con el posterior enlace con las rutas jacobeanas.

Esto permite comprender una característica esencial de la geografía medieval asturiana:

Oviedo no era únicamente la capital de un reino, era también un importante destino religioso. *(Quién va a Santiago y no al Salvador (en Oviedo) es como quien va a ver al criado e ignora al Señor)*

La presencia de reliquias en la Cámara Santa convirtió la ciudad en un centro de peregrinación. Quienes llegaban desde León tenían que atravesar necesariamente la montaña para alcanzar Oviedo.

Una leyenda muy conocida se refiere a las dos figuras de animales en el dintel de la puerta occidental. Se trata de un buey y un oso, y éste último se dejó ayuntar junto al buey en un carro que suministraba piedra para la construcción del templo. Esta leyenda tiene importantes paralelos con otras semejantes en toda Europa.



Después de una mañana intensa y descender de nuevo al valle, nos dirigimos a Palacio, que fue en su momento donde se encontraba el cellero del cister, lugar de cobro de impuestos y almacén de grano y vino de la orden. Muy apropiado



Aquí estaba el [Hotel Santa Cristina](#) donde disfrutamos de una comida típicamente asturiana con miniespicha (incluido pipa de sidra) y fabada con arroz con leche. También hubo menú alternativo. Un lugar precioso donde fuimos tratados como reyes, como la ocasión merecía

Se sortearon tres ejemplares del libro ***Misterio de Santa Cristina. Historia y Arqueología de un Asentamiento*** de nuestro guía **Iván Muñiz** y se le obsequió con un detalle con nuestro agradecimiento.



La última estación es quizá la que mejor permite comprobar cómo funciona la memoria histórica.

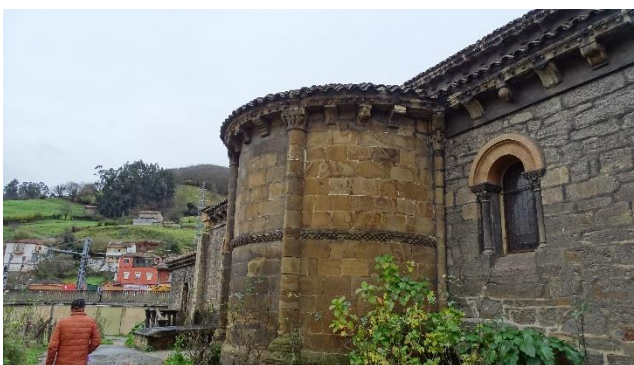


[Santa Eulalia de Ujo](#) se encuentra actualmente en un entorno urbano, junto a la vía ferroviaria. Pero su historia demuestra hasta qué punto un edificio puede cambiar como consecuencia de la transformación del territorio.

El origen de Santa Eulalia se sitúa en la Edad Media y el edificio románico conservado hasta comienzos del siglo XX tenía una estructura mucho más sencilla que la actual.

El Ayuntamiento de Mieres sitúa la construcción original entre finales del siglo XII y comienzos del XIII y la relaciona con el románico de la zona de Villaviciosa.

Sin embargo, existen referencias documentales anteriores al propio templo románico. Una donación de Ordoño I del año 860 menciona una iglesia de Santa Eulalia de Ussio, y en el entorno se ha documentado además la existencia de un cementerio cristiano altomedieval.



Esto permite plantear una hipótesis especialmente interesante: el lugar de culto es probablemente mucho más antiguo que la arquitectura románica que hoy contemplamos.

La historia contemporánea de Santa Eulalia es extraordinaria.

La construcción del ferrocarril entre Asturias y León obligó a modificar profundamente el espacio y provocó la destrucción del templo románico en la década de 1920. La iglesia fue reconstruida en un emplazamiento y orientación diferentes, incorporando algunos de los elementos medievales originales.

Por esta razón la iglesia actual debe entenderse como una arquitectura neorrománica que contiene fragmentos auténticos del edificio medieval.

No es una iglesia románica conservada íntegramente. Es algo diferente y, en cierto modo, más complejo: un edificio contemporáneo que funciona como contenedor de la memoria material de otro edificio desaparecido.

Tres elementos permiten reconstruir parcialmente aquella iglesia: El ábside o exedra. Conservado e integrado en el edificio actual, constituye uno de los testimonios más importantes de la fábrica románica.



El arco de triunfo que es el arco que separaba la nave del presbiterio medieval fue desmontado y reutilizado en la iglesia actual.

La portada es probablemente el elemento más espectacular desde el punto de vista

escultórico. Presenta archivoltas decoradas y capiteles con motivos vegetales y figurativos. Entre estos últimos destaca la representación de Daniel entre los leones o Gilgamesh, un tema bíblico cargado de significado simbólico.



El ábside conserva asimismo columnas adosadas, capiteles vegetales y canecillos, elementos característicos del lenguaje románico.

La memoria de Santa Eulalia no termina en la arquitectura. En 1956 apareció durante unas excavaciones una lápida funeraria conocida como la **lauda del niño Velasco**, fechada en el año 921, junto con otras sepulturas.

El hallazgo es importante porque demuestra que el entorno de la iglesia tenía función funeraria siglos antes de la construcción del edificio románico conservado hasta 1922.

De esta manera, Ujo permite recorrer prácticamente toda la secuencia histórica que inspira la jornada.

Una vez terminada la visita a las 18:30 de la tarde emprendimos el viaje de vuelta

